

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1955 - Núms. 72-73



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

086

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

1911

EJEMPLAR NÚM. **529**



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1955



Tomo XXIII
Núms. 72-73

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1955

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE - OCTUBRE

Núms. 72-73

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. José Rubio Rivas.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe.—Director, Don Luis Toro Buiza.—Secretario, D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS ORIGINALES

José de las Cuevas.— <i>Francisco Pacheco y «El arte de la Pintura»</i> . (Dos ilustraciones fuera de texto).....	9
María Josefa Cordero Ovejero.— <i>Calcidio, arcediano de Córdoba. Primer traductor de Platón en España</i>	67
Carlos Schlatter Márquez.— <i>Juan de Cervantes y Salazar, poeta lírico del siglo XVII</i>	89
Brígido Ponce de León Almazán.— <i>La Química en la Real Sociedad de Medicina de Sevilla.—II, Documentos</i>	103

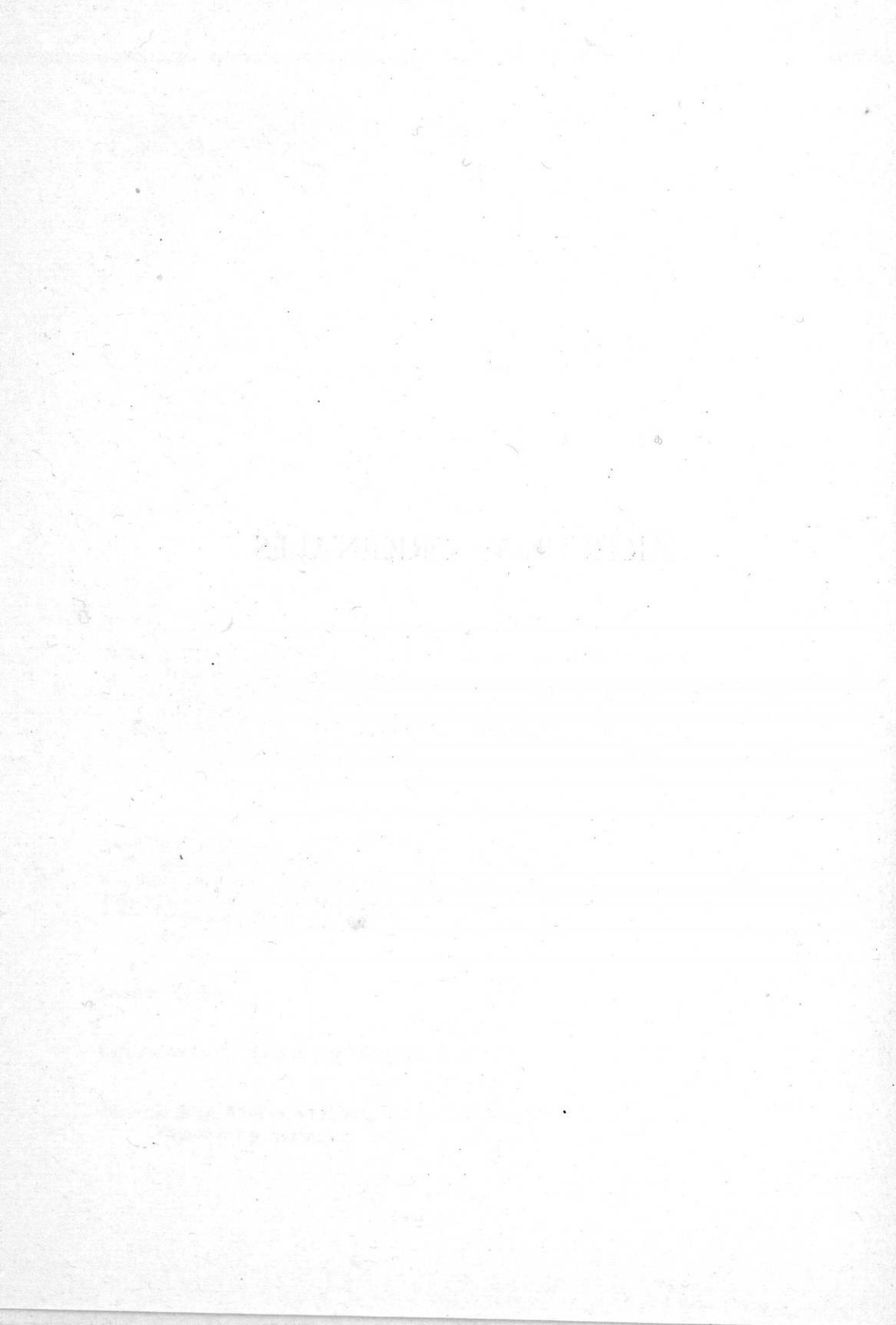
MISCELANEA

José Hernández Díaz.— <i>Nuevos datos de Arte Sacro</i> . (Tres ilustraciones fuera de texto).....	115
Francisco Márquez Villanueva.— <i>Sobre Ercilla y su épica</i>	117
José Andrés Vázquez.— <i>Rodríguez Marín, Presidente del Ateneo</i>	121
* * * <i>Premios y Becas de la Excm. Diputación</i> (Patronato de Cultura).....	125

LIBROS: Varios.....	127
---------------------	-----

CRÍTICA DE ARTE: <i>Música</i> , por Norberto Almandoz.....	135
---	-----

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>Cronista Oficial de la Provincia.—Noviembre y diciembre, 1947</i>	143
---	-----



RODRÍGUEZ MARÍN, PRESIDENTE DEL ATENEO

Aún estamos dentro del aniversario natalicio del príncipe de los ingenios contemporáneos sevillanos: el muy alto señor de las letras don Francisco Rodríguez Marín, nacido en Osuna, formado en Sevilla —madre nutricia del espíritu de la dilatada región de su influencia— y avecinado en Madrid, donde trabajó y brilló hasta el morir... Vivimos aún horas de conmemoración, aun cuando siempre lo sea para recordar a aquellas figuras señeras de la gloria y el ejemplo. Recordemos hoy a don Francisco en su peripecia de la presidencia del Ateneo y Sociedad de Excursiones —así se le llamaba entonces a la benemérita y excelentísima sociedad sevillana—, que acaso no contásemos hoy en el acervo cultural de nuestra ciudad si no hubiese asumido su alta guía en aquellos días difíciles, tan prestigioso maestro. «En peligro de muerte estuvo»..., declara rotundamente en su disertación de apertura del curso 1900-1901.

Para hacer un diagnóstico exacto de la enfermedad que puso en semejante trance a «una Sociedad —transcribimos palabras de Rodríguez Marín— a la cual Sevilla paga menos de lo que debe», oigamos al propio enfermo por boca de su representante máximo:

«Tarde, porque así plugo a contratiempos y desdichas cuya historia todos conocéis y que, de ordinario, son el cortejo de las artes y de las letras; tarde —digo— inaugura este nuevo curso el Ateneo de Sevilla. En peligro de muerte estuvo; desahuciado de médicos y no médicos se vió, y aun abandonado de algunos a quienes él estimaba por sus hijos, que, a la verdad, no es nada agradable acompañar y asistir a los moribundos, sobre todo cuando son pobres, habiendo, como hay en lugares más alegres, dichas que compartir.

»Por dicha para nuestro enfermo, sus días no estaban cumplidos; además, quedábanle hijos piadosos que no se retiraron de su cabecera, y véislo aquí más que convaleciente: repuesto y sano. La lozanía de su

edad, la *vis medicatrix naturae*, tan poderosa en los organismos jóvenes y, sobre todo, el no estar de Dios que desaparezca de Sevilla este irremplazable centro de cultura, han logrado en pocos meses lo que los pesimistas de ayer tendrán por milagrosa resurrección. Sea resurrección, en buena hora: ¡Lázaro vive y anda, a pesar de todos los pesares! Hoy comienza a demostrarlo con este acto solemne».

Tras este exordio acrecido de otras reveladoras afirmaciones, desarrolló el maestro inolvidable el interesante discurso cuyo tema era: «Cervantes estudió en Sevilla. 1564-1565». Remitimos al lector al folleto que contiene dicho magistral trabajo. Por nuestra parte tenemos a la vista un ejemplar de la segunda edición, muy bien impresa, en 1905, por Francisco de P. Díaz, en su oficina de la Plaza de Alfonso XIII, antes de Gavidia.

Don Francisco Rodríguez Marín había sido elegido Presidente de la docta casa en Junta general reglamentaria celebrada el día 30 de mayo de 1900. Le acompañaban en la nueva Directiva don Francisco Polo de Lara, vicepresidente; don Claudio Sainz Arizmendi, bibliotecario; don Ildelfonso de Urquía, director del Museo; don Enrique de la Peña, secretario; don Pedro J. Ruiz, contador; y vocales, don José Montes Sierra, don Amante Laffón, don Francisco Pagés y don Gonzalo Bilbao. La ceremonia de posesión reglamentaria fué realizada el 3 de junio siguiente.

A juzgar por lo que las actas del Ateneo reflejan —y justo es hacer constar aquí la admiración debida al inolvidable José María Izquierdo, que salvó las someras apuntaciones para las actas, redactó éstas y las asentó en los libros cuando por propia voluntad reorganizó lo que halló desorganizado en la Biblioteca y en el Archivo de la docta casa. Gracias a estos cuidados podemos saber que la hoy floreciente Sociedad cultural atravesaba una difícil situación interna provocada por sus apuros económicos inveterados y también por las no menos lamentables crisis que se producen, donde se opera un milagro de convivencia que a veces falla, pero sin que jamás llegue la sangre al río, como suele decirse en las discrepancias accidentales que estremecen de cuando en cuando la paz de las tertulias y enturbian el fondo común del buen deseo de concordia que todos los socios desean y buscan. Podemos afirmar —y probar con muchos testimonios— que muy ruidosas tormentas políticas descargaron sin mayor daño en nuestra ciudad gracias a la tolerancia mutua que los ateneístas cultivaron siempre. Esto constituye la línea de más honda huella en la tradición de la casa ilustre.

No dejaron los señores socios pasar tranquilo el verano a don Francisco con los dimes y diretes que traían a mal traer la paz de la Socie-

dad. Contra la costumbre —y la necesidad— de no celebrar Juntas generales hasta pasado el calor, y reanudar las actividades en el otoño con la solemnidad de la apertura de curso, hubo reunión plena el 27 de agosto, en la que explicó el Presidente los motivos que obligaron a la Directiva a suspender en sus derechos al socio don M. L. G. —demostró el nombre al olvido— y en seguida rogó que se reconociese la necesidad de esta medida extrema en el desgraciado estado de las facultades mentales del sancionado. La explicación no fué bien acogida por numerosos socios. El señor Berniz logró apaciguar los ánimos proponiendo una solución de concordia: que no constase en acta la palabra *expulsión*. Don Francisco no se avino con la actitud, que consideraba coactiva, de los señores protestantes, ni aceptó la atenuante que proponía el señor Berniz, por evidente impertinencia. Con profundo sentimiento por su parte debía mantener la medida, pues la consideraba inevitable. Parece que el lance terminó con el reconocimiento de que era mejor ceder que llevarlo al extremo de una dimisión presidencial.

Pero no era el asunto del discutido señor don M. L. G. lo más grave, sino el que encerraban las dificultades económicas por que atravesaba la casa. Los acreedores apremiaban. No cobraba el personal de servicio, se adeudaban los suministros de agua, alumbrado y otros menores... El más exigente de todos los acreedores era el propietario del inmueble, don Ramón Sedano. Pleito viejo éste de los alquileres de la casa, había alcanzado ya el débito proporciones astronómicas. Falló el recurso de establecer una cuota extraordinaria. Y el no menos heroico de dirigir cartas recordatorias a los señores socios que, además de morosos contumaces, eran sordos del bolsillo. La plaga no se ha extinguido jamás en ninguna Sociedad que se estime. Y en muchos casos da por resultado que el moroso sea elevado a la categoría de socio honorario porque su relieve social no permite lanzarlo.

Surgió, entonces, un socio voluntario que ante el dilema de pagar, como fiador que era del contrato de alquiler, las mensualidades atrasadas que la propiedad exigía de manera apremiante, y hacer méritos en su recién ocupada Vicepresidencia —don José Montes Sierra—, ofreció pagar... ¡Nunca lo hubiera hecho! Pues la Sociedad no aceptó ni agradeció. Fué don Francisco Rodríguez Marín el único en expresar su gratitud al gesto, innegablemente bien intencionado, del señor Montes Sierra, y entonces descargó sobre él, de lleno, la tormenta.

Pero no dimitió. Siguió terne en el puesto para el que había sido elegido, por entender, sin duda, que el abandono en aquellas circunstancias hubiese herido mortalmente al Ateneo y Sociedad de Excursiones. Grave estaba el enfermo y justificadas aparecían las razones de la enfermedad; pero había que salvar la causa de la cultura y el decoro de Sevilla. Subió a la tribuna y abrió el curso con la magnífica lección del

probable estudio de Cervantes en Sevilla. Era necesario. El sabía que su sola presencia en la altura presidencial sería suficiente para que cediesen las pasiones, se estabilizase la situación económica, y el enfermo recobrase la salud para que pudiese continuar en el noble servicio de Sevilla.

Como quiera que el Ateneo hispalense no dejará pasar el año conmemorativo del nacimiento de Rodríguez Marín sin dedicarle el obligado homenaje, sean estas modestas flores las últimas, pero muy fragantes, que figuren en la corona de los justos elogios.

JOSE ANDRES VAZQUEZ.